

TEORÍA DE LA FRONTERA

SERIE CULTURAS

Dirigida por Néstor García Canclini

Se ha vuelto necesario estudiar la cultura en nuevos territorios.

La industrialización y la globalización de los procesos culturales, además de modificar el papel de intelectuales y artistas, provoca que se interesen en este campo empresarios y economistas, gobernantes y animadores de la comunicación y participación social.

La presente colección dará a conocer estudios sobre estas nuevas escenas, así como enfoques interdisciplinarios de las áreas clásicas: las artes y la literatura, la cultura popular, los conflictos fronterizos, los desafíos culturales del desarrollo y la ciudadanía.

Daremos preferencia a estudios en español y en otras lenguas que están renovando tanto el trabajo de las disciplinas «dedicadas» a la cultura –antropología, historia y comunicación– como los campos que se abren para estos temas en la economía, la tecnología y la gestión sociopolítica.

- | | |
|----------------------------|--|
| GEORGE YÚDICE | El recurso de la cultura
<i>Usos de la cultura en la era global</i> |
| JEAN-PIERRE WARNIER | La mundialización
de la cultura |
| LUIS REYGADAS | Ensamblando culturas
<i>Diversidad y conflicto
en la globalización de la industria</i> |
| ROSALÍA WINOCUR | Ciudadanos mediáticos
<i>La construcción de lo público
en la radio</i> |

TEORÍA DE LA FRONTERA

Los límites de la política cultural

Scott Michaelsen y David E. Johnson
(compiladores)

gedisa
editorial

Título del original inglés:

Border Theory. The limits of cultural politics

© 1997 by the Regents of the University of Minnesota.

Licensed by the University of Minnesota Press, Minneapolis, Minnesota, U.S.A.

Traducción: Gabriela Ventureira

Primera edición: marzo del 2003, Barcelona

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Editorial Gedisa, S.A.

Av. Tibidabo, 12, 3º

08022 Barcelona, España

Tel 93 253 09 04

gedisa@gedisa.com

www.gedisa.com

eISBN: 978-84-18193-30-9

Diseño de colección: Sylvia Sans

Queda prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio de impresión,
en forma idéntica, extractada o modificada de esta versión castellana de la obra.

ÍNDICE

Agradecimientos	9
Colaboradores	11
Disputas sobre las fronteras.	
Introducción a la edición en español	
<i>Alejandro Grimson</i>	13
Los secretos de la frontera: una introducción	
<i>David E. Johnson y Scott Michaelsen</i>	25
Parte I. Las zonas fronterizas	61
1. Reflexiones sobre la teoría de la frontera, la cultura y la nación	
<i>Alejandro Lugo</i>	63
2. En las zonas fronterizas de la identidad chicana sólo hay fragmentos	
<i>Benjamín Alire Sáenz</i>	87
3. En la frontera con <i>El peregrino</i>: los zigzags en la firma de Chapl(a)in	
<i>Louis Kaplan</i>	115
4. El tiempo de la traducción: La frontera de la literatura norteamericana	
<i>David E. Johnson</i>	145

Parte II. Otras geografías	177
5. El cruce de fronteras: Feminismo, posmodernismo y subjetividad fugitiva	
<i>Elaine K. Chang</i>	179
6. Narrativas comprometidas a lo largo de la frontera: La línea Mason-Dixon, la resistencia y la hegemonía	
<i>Russ Castronovo</i>	203
7. Un nuevo bosquejo de la política de la identidad angloamerindia	
<i>Scott Michaelsen</i>	229
Epílogo: nuevas perspectivas sobre la cultura, los límites y las fronteras	
<i>Patricia Seed</i>	259
Índice temático	263

AGRADECIMIENTOS

Mi trabajo en este libro no hubiera sido posible sin la ayuda de dos subvenciones: la más importante, la beca de un año concedida por el American Council of Learned Societies durante el período 1995-96, y en segundo lugar, el subsidio para el desarrollo del cuerpo docente que me fue otorgado en la primavera de 1995 por la Universidad de Texas, en El Paso.

SCOTT MICHAELSEN

COLABORADORES

Russ Castronovo es profesor adjunto en la Universidad de Miami, donde enseña literatura y estudios norteamericanos. Es el autor de *Fathering Nation: American genealogies of Slavery and Freedom*.

Elaine K. Chang es profesora auxiliar de literatura norteamericana en la Universidad de Rutgers. Sus ensayos aparecieron en las colecciones *Vancouver: Representing the Postmodern City*; *Displacements: Cultural Identities in Question* y *Revisioning Italy: National Identity and Global Culture* (Minnesota, 1977), así como en la revista *Emergences*.

Alejandro Grimson es Doctor en Antropología. Profesor de la Universidad de Buenos Aires e investigador del IDES. Es autor de los siguientes libros: *Relatos de la diferencia y la igualdad*, *Interculturalidad y comunicación*, *El otro lado del río*, y *Fronteras, naciones e identidades*.

David E. Johnson enseña literatura hispanoamericana y norteamericana en la Universidad Estatal de Nueva York en Buffalo. Ha publicado ensayos en *American Literary History*, *Arizona Quarterly*, *Americas Review* y *Amerindian Images and the Legacy of Columbus*.

Louis Kaplan es profesor auxiliar visitante de arte moderno en la Universidad de Tufts. Es el autor de *László Moholy-Nagy: Biographical Writings*. Actualmente investiga las fronteras de la historia del arte, de la cultura pop y de los estudios mediáticos en el siglo xx.

Alejandro Lugo se doctoró en antropología cultural en la Universidad de Stanford. Es profesor auxiliar de antropología en la Universidad de Illinois en Urbana-Champaign. En la actualidad, está terminando dos proyectos: una etnografía de los obreros fabriles en la frontera Estados Unidos-México y un libro en memoria de la antropóloga feminista Michelle Z. Rosaldo.

Scott Michaelsen es profesor auxiliar de literatura norteamericana en la Universidad del Estado de Michigan. Enseñó en la Universidad de Texas, en El Paso, y fue becario, desde 1995 hasta 1996, del American Coun-

cil of Learned Societies. Está terminando un libro sobre los fundamentos multiculturales decimonónicos de las literaturas antropológicas norteamericanas.

Benjamin Alire Sáenz es profesor auxiliar de literatura norteamericana en la Universidad de Texas, en El Paso. Su primer libro de poesía, *Calendar of Dust*, ganó el Premio al Libro Norteamericano en 1992. En 1993 obtuvo la beca Lannan de poesía. Sus otros libros son: *Flowers for the Broken*, una colección de cuentos; *Dark and Perfect Angels*, una colección de poemas, y la novela *Carry Me Like Water*.

Patricia Seed enseña historia en la Universidad de Rice en Houston, Texas. Es la autora de *Ceremonies of Possession in Europe's Conquest of the New World, 1492-1640* y de *To love, Honor, and Obey in Colonial Mexico: Conflicts over Marriage Choice, 1574-1821*, una obra galardonada con el Premio Bolton.

DISPUTAS SOBRE LAS FRONTERAS

Introducción a la edición en español

Alejandro Grimson

La frontera es un sitio de encuentro de relatos geopolíticos y literarios, historiográficos y antropológicos. Para comprender *Teoría de la frontera* conviene abreviar en aquellas narraciones. En la frontera hay varias historias entremezcladas. Una habla de los territorios estatales, espacios imaginados y diseñados como potencialmente bélicos; espacios de contacto liminar de la expansión de la soberanía tanto como de la ciudadanía, límites de la represión y de los derechos. Hace unas dos décadas las ciencias sociales comenzaron a cuestionar el estudio de territorios «nacionales» a partir de los imaginarios estatales y comenzaron a considerar esos imaginarios como objeto de sus trabajos. Los Estados tienden a considerar que sus posesiones les corresponden por naturaleza. La distancia analítica de las ciencias sociales desnaturaliza los espacios de la soberanía estatal.

La necesaria autonomía de los estudios sociales y culturales respecto del Estado tuvo un punto de condensación en las fronteras. Allí donde había primado el relato geopolítico de reunir al ser nacional con «su» territorio, pasó a dominar el desconstruccionismo historicista que repuso la artificialidad y los procesos de configuración en los paisajes limítrofes. Una paradoja de esta inversión fue que se diluyera la idea de fronteras naturales, consecuentemente poderosas en su división, y comenzara a pensarse en su contingencia y porosidad. Una vez desprendidos del ímpetu estatal que se imprimía sobre los discursos sociológicos, ahora parecía que el Estado no había sido nada en sus propios confines, y que cualquier otra identidad no estatal había resistido heroicamente los embates sistemáticos de la escuela, los medios, el ejército y los documentos de ciudadanía. Las fronteras jurídicas se desnaturalizaban mientras las identidades sociales se esencializaban.

La gente del lugar, los pobladores fronterizos, fueron objeto de esta disputa. Interpelados por la retórica geopolítica como patriotas (en su «deber hacer») o como patriotas deficientes (por su «contaminación cultural» con los vecinos), devenían cruzadores ejemplares de las fronteras en nuevos relatos de la interculturalidad. Muchas veces, los fronterizos fueron imaginados a partir de una multiplicidad esencial, como sujetos trascendentes de la era posnacional. Un cierto (des)constructivismo que en-

contraba el origen de los males en el Estado que había soñado y diseñado una homogeneidad para la nación, diseñaba él mismo un «buen salvaje» que habría resistido las embestidas estatales en las zonas periféricas.

La idea, entonces, era que la frontera jurídica había cruzado por la mitad pueblos enteros y que esos pueblos habían de cierta forma conservado una autenticidad transhistórica. En ese punto, el relato geopolítico atraviesa de otro modo los relatos etnográficos. El paradigma de la comunidad uniforme era cuestionado en la nación, pero reaparecía en la tribu, el grupo o la etnia. Comunidad con territorio, o sea, con fronteras físicas. Y comunidad con cultura, o sea, con fronteras simbólicas.

La propia noción de «cultura» de la antropología fue creadora de fronteras. De hecho, una *teoría de la frontera* es una *teoría de la cultura*. Concebir la cultura como un todo integrado de costumbres, creencias y prácticas o como significados compartidos por una comunidad implica necesariamente delimitar con precisión conjuntos humanos. De «aquel lado», la iglesia, el homicidio, la desnudez y el labrado tienen un significado; de «este lado», otro. Por lo tanto, para comprender cualquier práctica o creencia, estas no deben ser descontextualizadas, indicaba el relativismo. Es necesario comprender cada elemento en su entramado cultural, fuera del cual parece un acto exótico, absurdo o autoritario. El dilema radica justamente en el término «contexto»: ¿cuál es la frontera de un contexto cuando los significados circulan?

Hay otros dilemas acerca de los sentidos de esos marcos y esas líneas. Cuando las fronteras son pensadas exclusivamente desde experiencias de extrema desigualdad, puede producirse un deslizamiento: abordar la frontera necesariamente como sitio de encuentro entre una cultura dominante y una subalterna, e identificar a esas culturas con nacionalidades o etnicidades que la frontera marcaría. Si la frontera es dicotomizada, como una línea entre el bien y el mal, se confirmaría por otro camino la fuente misma de su poder: el poder de establecer los parámetros del conocimiento. Para ello, no es necesario llegar al simplismo de generar una oposición entre quienes habitan a uno y otro lado de una línea. Puede reconocerse que ha habido migraciones y que la gente se desplaza. Por este camino, se supone que la frontera ya no está allí y sus rastros deben ser reconstruidos. Ese supuesto suspenso, de todos modos, anuncia un final conocido: la frontera ya no es material, sino simbólica; ya no es la línea de las aduanas, sino el límite de la identidad.

Llegados a este punto cabe interrogarse: ¿es que hay alguna diferencia entre ese concepto de frontera y el concepto de raza? Porque si la identidad «se lleva en la sangre», como marca indeleble «en el cuerpo», si no cambia aunque cambien los espacios y las historias, si la frontera persigue a sus sujetos a través de sus diásporas, nos encontramos en la plenitud de otras fronteras naturales.

Las teorías constructivistas y de la hibridación, de modos diferentes, contribuyeron decisivamente para sacudir esas conceptualizaciones. Estudios concentrados en procesos migratorios, en las conexiones transnacionales de las industrias culturales, en las zonas de frontera política y otros análisis de la interculturalidad, resultaron claves en esas reconfiguraciones (Hannerz, 1996; Appadurai, 2001; García Canclini, 1990). Las fronteras no sólo son construcciones, también son múltiples y cambiantes. Por un lado, la gente se traslada, desplaza y trastoca significados, autonomizando los vínculos entre cultura, identificación y territorio. Por otro lado, símbolos, textos, músicas y objetos viajan aunque las personas y los grupos permanezcan inmóviles, cuestionando por otra vía aquella supuesta imbricación.

El giro hacia la frontera

Ahora bien, los estudios sobre las fronteras tienen sus propias territorialidades y *Teoría de la frontera* debe ser enmarcado en algunos debates académicos en los Estados Unidos. A finales de la década de 1980 y principios de la de 1990 aparecieron en Estados Unidos una serie de libros que cambiaron los debates acerca de la multiculturalidad. Los cuatro más conocidos son: el trabajo de Gloria Anzaldúa, *Borderlands/La Frontera: The New Mestiza* (1987); el de Renato Rosaldo, traducido como *Cultura y verdad: la reconfiguración del análisis social* (1991); el de D. Emily Hicks, *Border Writings* (1991), y la compilación de Calderón y Saldívar, *Criticism in the Borderlands* (1991).

El impacto de estos libros implicó que la frontera se convirtiera en una clave de la crítica de concepciones teóricas vetustas, en parte, vinculadas al esencialismo, al folclorismo y al populismo, en parte, ligadas a la geopolítica de la cultura estatal. Antes que las articulaciones de comunidad, cultura y territorio, cobraron relevancia cuestiones de vínculo, dinámica y experiencia. La frontera fue, en diversas disciplinas, un modo en que se condensaba la nueva importancia que tendrían de allí en adelante los conceptos de sujeto, historia y cultura en las ciencias sociales y las humanidades.

Al mismo tiempo, ese momento teórico condensó otros problemas. Hubo una excesiva jerarquización del ensayo sobre los límites culturales con poco énfasis en la investigación empírica, un incremento de estudios de la frontera de México y Estados Unidos en los que sólo se analizaba el lado norte de esa región, así como un énfasis excesivo en el contacto y el cruce de fronteras en detrimento del análisis de conflictos interculturales y del reforzamiento de fronteras (ver Vila, 2000a).

Más allá de la inflación terminológica a la que había llevado la moda de las fronteras, un problema conceptual en el que se atascaron muchos

estudios fue la esencialización de las culturas que entraban en contacto. Trabajos realizados cruzando desde el sur la frontera mexicana-estadounidense desafiaron empírica y conceptualmente esa esencialización y fueron más allá. En 1990 García Canclini publicó *Culturas híbridas*, que culminaba con su trabajo en Tijuana como laboratorio de una interculturalidad que no permitía pensar en fronteras simbólicas definidas. En América Latina –y en otras regiones– estos temas se vincularon estrechamente a los cuestionamientos acerca de la uniformidad de las naciones y, a veces, de su potencialidad como articuladoras de diversidad.

Estos nuevos estudios estuvieron acompañados de un optimismo del contacto intercultural. Frente a las retóricas que visualizaban el contacto transfronterizo como contaminación de alguna trascendencia, el énfasis en las dinámicas positivas de los entrelazamientos se vinculaba estrechamente con un impulso destructor de esas pretensiones esenciales.

Sin embargo, la investigación posterior mostró que si estos estudios habían contribuido con el giro conceptual hacia la sociogénesis y la hibridación, el nuevo consenso académico abría nuevos debates. El contacto se encuentra entrecruzado con poderes, desigualdades y hegemonías. Por eso, recientemente, García Canclini ha planteado que, para analizar las desigualdades entre sociedades y culturas, también hay que considerar a la hibridación como «un proceso al que se puede acceder y que se puede abandonar, del cual se puede ser excluido o al que pueden subordinarnos» (2001:19).

Así, el desarrollo antropológico de la investigación sobre fronteras planteó un doble reconocimiento. Por un lado, las zonas fronterizas se revelaron no sólo lugares de cruce y diálogo, sino también espacios de conflicto y estigmatización, de desigualdades crecientes: en los últimos años Estados Unidos fortaleció militarmente sus controles en la frontera con México, así como Europa liberó sus fronteras internas en una proporción igual al endurecimiento de las externas (Driessen, 1998).

Por otro lado, en términos conceptuales, se reconoció que cruzar una frontera no implica necesariamente desdibujarla. Así como el vínculo no implica ausencia de conflicto, la comunicación entre dos grupos puede ser el proceso a través del cual esos grupos se distinguen mutuamente. Nadie se preocupa demasiado por diferenciarse de grupos lejanos. «Los otros» que más nos importan generalmente son nuestros vecinos, los grupos limítrofes geográfica o simbólicamente.

Especialmente en antropología, esto implicó un *flashback* para algunos, y una continuidad para otros en la recuperación de autores como Barth (1976) o Cardoso de Oliveira que, en sus críticas al culturalismo, habían prestado atención en los años sesenta a la interacción étnica y las fronteras interétnicas, a las organizaciones grupales y a lo que se conceptualizó como una cultura del contacto (Cardoso de Oliveira, 1976). Esas

genealogías teóricas, que podrían remontarse a Gluckman, Evans-Pritchard y Leach, daban cuenta de que los estudios de frontera se habían iniciado muy lejos del Río Grande.

Teoría de la frontera interviene en este debate realizando una crítica de la esencialización de las culturas de la frontera. Es decir, la hegemonía no consistiría básicamente en la jerarquización de un «nosotros» (anglo) y la estigmatización de un «los otros» (mexicano, chicano u otro). Si así fuese, se trataría sencillamente de proponer y luchar por la inversión de sus sentidos (eje de muchas articulaciones subalternas). La trampa consiste en que la hegemonía se constituye en el proceso de oposición de esas dos entidades, contraste reproducido en el intento de sólo trastocar la valoración. El secreto radica en la frontera, ya que cuando esta no es cuestionada, la política cultural revela sus propios límites.

Teoría de la frontera enfatiza la construcción de las fronteras simbólicas, sus procesos y disputas, sus criterios y dilemas. Y lo hace desde la frontera entre México y Estados Unidos mostrando que son muchas las fronteras: el límite entre una retórica racista chicana (espectral de la antichicana) y una política de universalidad desde los discriminados, el borde de lo nacional de Octavio Paz, las tensiones para definir qué es literatura estadounidense y dónde están los límites de lo chicano.

Ese camino convoca a construir una teoría que desconstruya la frontera, revelando los procesos históricos a través de los cuales los límites fueron instituidos y sus significados configurados. Los desplazamientos, entonces, no son el suspenso acerca de la ubicación efectiva de la frontera simbólica, sino justamente un laboratorio de la contingencia, un contexto de elaboración de diversidades. Se trata, en esa dirección, de explorar tránsitos y flujos antes que hitos, líneas y monolitos. Pensar en la frontera como contacto y como fábrica de distinciones. Por eso, los estudios han incorporado no sólo al cruzador de frontera, sino también al reforzador de fronteras, al diálogo multicultural junto a las exclusiones y chauvinismos, a la artificialidad histórica de las fronteras y a los impresionantes efectos de esos artificios en niveles cognitivos y políticos.

Teoría de la frontera puede ser abordado desde esa diversidad de perspectivas. Este libro puede ser ubicado en general como parte del proceso de desterritorialización del concepto de frontera y sus investigaciones. Es decir, en la ampliación del concepto de frontera, donde se combina lo geográfico, lo simbólico y lo disciplinario. La literatura se combina con la antropología y la historia, así como con neomarxismo y feminismo, para producir un producto fronterizo. Al mismo tiempo, este libro es explícitamente posoptimista en dos aspectos distintos. Por un lado, busca en las fronteras no sólo a nuevos sujetos, sino también los conflictos,

dilemas y estigmas. El concepto propuesto por Vila (2000b) de «reforzadores de fronteras» no está explicitado en estas páginas, pero trabaja y potencia algunos de los paisajes descriptos.

Por otro lado, el libro no confía en el multiculturalismo como conceptualización bienintencionada de la diversidad. En la medida en que esa diversidad no es concebida como un dato biocultural que debe preservarse como si se tratase de especies genéticas, en la medida en que la cultura se piense en su autonomía plena, es decir como historia y proceso, resulta evidente que la diversidad sólo puede ser cambiante, que el pluralismo no puede ser estático. En otras palabras, no es concebible una diversidad esencializable que pueda preservarse de una vez y para siempre. Eso sólo es imaginable como una política de fijación de fronteras que pretenda evitar la dinámica y el cruce, la combinación y la distinción, características constitutivas de la cultura.

En ese sentido, este libro recupera un cierto escepticismo acerca de la posibilidad de que se constituya un horizonte de diferencia sin jerarquía, de distinción simbólica sin circulación de poder. No se trata, en absoluto, de hundirse en el pesimismo; se trata de comprender que no hay relato trascendente que enuncie una verdad acerca de algún destino de los vínculos entre los seres humanos. La utopía de la frontera se reconstituye entonces como imaginación que orienta los sentimientos y la acción hacia los otros, sin requerir para ello pretensión de verdad.

Descentramientos del etnocentrismo

Hace un tiempo planteamos que en los estudios desarrollados desde la frontera entre México y Estados Unidos había surgido un nuevo etnocentrismo, ya que se miraban a sí mismos como centros empíricos y conceptuales de las fronteras del mundo (Grimson, 2000). *Teoría de la frontera* pertenece a una especie más cosmopolita que rastrea en otras tradiciones y cruza algunos límites. Por ello, sugiere que la imaginación de una región como especial y universal constituye un índice capital del pensamiento colonialista. Se trata de la crítica, siempre contemporánea, del reinvento del «buen salvaje», sea éste considerado como humanista, mitificado como irracionalista o arropado con una imposible combinación de ambos.

Las articulaciones y desajustes entre diferencia y desigualdad son otra de las claves de la frontera. Cuando las aduanas y la «migra» aceitan cotidianamente una maquinaria de producción de desigualdad no parece llamativo que sobre ésta encastre las diferencias. Hay diferencia *por* desigualdad cuando el lenguaje de las identidades utiliza la sintaxis de la exclusión. En ese caso, la utopía es la de Sáenz (en este libro): «chicano» expresa desigualdad y, por ello, es «una identidad que sólo espera el día

en que ya no sea necesaria». Esa es la frontera que lleva la desigualdad hasta el límite.

Por eso, el pensamiento sobre las fronteras no carece de territorialidad. ¿Es posible pensar desde allí las fronteras de Europa? ¿Cuáles son las fronteras de Europa? Mencionemos unos pocos procesos fronterizos. El más famoso e innovador, claro está, es la abolición de fronteras aduaneras y migratorias dentro de la Unión Europea. Ese bloque regional (avanzada de los proyectos de integración) no debe confundirse con «Europa», ya que la Unión Europea tiene fronteras con muchos países europeos y sobre esas zonas se desarrollan importantes negociaciones. Ahora bien, la abolición de las fronteras aduaneras no implica en absoluto el fin de las fronteras simbólicas de la nacionalidad. Sí implica, en cambio, el cuestionamiento de la homologación entre nacionalidad y ciudadanía, ya que esta última tiende a ser regional. Al mismo tiempo, hay otra idea histórica de región que es recreada por la propia construcción de la Unión. Las regiones autónomas, como Cataluña y muchas otras, adquieren una nueva visibilidad y un nuevo poder en la medida en que se consolida un escenario supranacional al que pueden acceder sin las mediaciones del Estado nacional. Incluso en las zonas fronterizas conflictivas de Irlanda, donde la Unión Europea desarrolló políticas sociales apuntando a la cooperación mutua, los antropólogos mostraron cómo esas identificaciones se vieron fortalecidas (Wilson y Donnan, 1998; Wilson, 2000).

Los contrastes con fronteras latinoamericanas plantean otros interrogantes: ¿cómo se produce periódicamente la diferencia cuando no se sustenta en esa maquinaria de desigualdad? La diferencia, y las identificaciones, son otro tipo de producto en esos contextos.

Al sur de México, el caleidoscopio de las fronteras no encuentra un eje en el contacto entre primer y tercer mundo. En Colombia hablar de fronteras contemporáneas es, en buena medida, hacer referencia a territorios en poder del Estado, de la guerrilla, de los paramilitares o del narcotráfico. Territorios nacionales en disputa y fronteras en expansión son conceptos que encuentran allí una vigencia dramática. Es cierto que los conflictos territoriales por la producción de coca están presentes también en Bolivia. Pero hay otras conexiones más fuertes, si pensamos en las fronteras interétnicas que fueron enfatizadas en sus respectivas reformas constitucionales de los años noventa y en sus políticas públicas de los últimos años. En Bolivia «frontera» remite también a la frustración de su mediterraneidad producto de una guerra decimonónica, pero habla a la vez del Parlamento con mayor presencia indígena de América Latina. En Uruguay frontera puede remitir a su propia constitución como país (con el antiguo relato del estado-tapón entre Argentina y Brasil), así como a una de las regiones en las que se divide el propio mapa nacional. En Argentina, en cambio, la articulación entre frontera y nación remite a la ex-

pansión contra los indios (el «desierto») en la constitución del Estado moderno: frontera agrícola, frontera militar, frontera de ciudadanía. Pero también implica reminiscencias del discurso militarista de los setenta acerca de «marchar a las fronteras» contra el enemigo limítrofe, especialmente Chile y Brasil. Contemporáneamente, el cono sur vive simultáneamente los anuncios de disolución de fronteras para el Mercosur, que en una primera fase sólo se verificaban para el gran comercio internacional. En el plano de las sociedades y las culturas se produjo un incremento de controles cotidianos que es desafiado por la agenda política de un derecho a la migración libre en la región.

¿Cuáles son, entonces, las fronteras de América Latina? ¿La frontera internacional de los laberintos de la soledad, las fronteras en expansión hacia el desierto y los indígenas de diversas literaturas, las convivencias interculturales urbanas o aquellas de la *Casa-grande e senzala*? Son múltiples los escenarios limítrofes en América Latina. Por mencionar sólo a uno de los autores de esa multiplicidad, considerado parcialmente por Johnson en este libro, digamos que Borges colorea y trastoca límites simbólicos con los gauchos, los indios, los negros, explora territorios como la frontera de Brasil con la República Oriental o la Colonia del Sacramento, se interroga incisivamente acerca de los criterios de las clasificaciones y las fronteras, y postula incesantemente la universalidad que se guarece detrás de todas nuestras invenciones particulares. Del otro lado de la frontera, entre los indios, *El etnógrafo* aprende el secreto que «vale para cualquier lugar y cualquier circunstancia». La contingencia de los límites y la posibilidad de atravesarlos hasta «pasarse del otro lado» es la *Historia del guerrero y la cautiva*. Y la unidad humana imaginada desde la frontera con el Brasil, zona de mezclas gauchas y de límites irreales, es el cosmopolitismo de *El Congreso*. ¿Cuál es la frontera? ¿Cómo representar la diversidad humana?

Planear una asamblea que representara a todos los hombres era como fijar el número exacto de los arquetipos platónicos [...]. Sin ir más lejos, don Alejandro Glencoe podía representar a los hacendados, pero también a los orientales y también a los grandes precursores y también a los hombres de barba roja y a los que están sentados en un sillón. Nora Erffjord era noruega. ¿Representaría a las secretarías, a las noruegas o simplemente a todas las mujeres hermosas? (Borges, 1971).

La frontera mexicana y la frontera chicana ¿qué frontera representan en *Teoría de la frontera*? ¿Es la frontera entre Estados, entre naciones o entre culturas? ¿Es la frontera de la desigualdad, de la diferencia o de la diversidad? ¿Es la frontera de clase, de género, de generación o de etnicidad? ¿Es la frontera de las instituciones y la represión, o de la poesía y la imaginación? Se trata de disyuntivas tan especulares como las borgeanas.

Pero *El Congreso* no contempla la posibilidad de que un hombre represente a todos los hombres (o al menos a todas las peculiaridades de hombres que podría supuestamente representar). Y no hay frontera ni vínculo intercultural que pueda ser paradigma de todas las fronteras. Cada zona de contacto, cada límite, condensa potencialmente a todos los límites de un modo único.

Pretendemos señalar no sólo los límites de la política cultural, sino también de esta *Teoría de la frontera*, en singular. De hecho, estas páginas se concentran en la frontera entre México y Estados Unidos y en los chicanos. En ese sentido, conviene precisar dónde radica el interés que tiene para otros conocer esas disputas político-culturales. No radica, por cierto, en una suerte de paradigma de los conflictos fronterizos. Si algún grupo o cultura se imagina representando al tercer mundo en el contacto, la hibridación y la resistencia al imperio, conviene relevarlo de ese papel.

¿Qué permanece de la teoría más allá de la localización de la frontera? Permanece el posicionamiento en torno a dos debates, por lo menos. Por un lado, si las fronteras de la cultura coinciden con las fronteras de las identificaciones. Por otro, cuán fluidas, fijas, móviles son unas y otras fronteras. Se trata nada menos que de la elección del criterio y del proceso de clasificación. Es decir, de la tensión entre el sentido de la separación (lo que Johnson aquí llama «la regla de la frontera») y la operación desconstructiva que explora lo que queda entre dos lugares entre los cuales supuestamente no podría ni debería haber nada. Por ello, como dice Johnson aquí, «antes que una política que da por sentada la frontera y los lados separados por ella, la política está siempre en la frontera, en el límite de toda posible relación con el otro».

En otras palabras, más allá de localizaciones y situaciones, la posibilidad de una acción social no corporativa radica justamente en la asunción de la contingencia de las identificaciones y las categorías, en el cuestionamiento de los modos de interpelación. A partir de allí, es viable producir, en vez de reproducir, la ubicación de los límites y sus sentidos, momento clave de la constitución de agentes que pretendan sobrepasar las limitaciones de la imaginación contemporánea.

Conviene tener cuidado con la expansión del concepto «frontera». No sólo porque no todo es una «frontera», sino porque no debemos pedirle que haga más trabajo teórico del que puede realizar. De modo análogo, no toda interpretación cultural de la identidad es una etnografía de la frontera, porque los requisitos de ésta implican abdicar de concepciones de pureza, observar prácticas, desestructurar sentidos comunes etnocéntricos y reconstruir (para analizar) las perspectivas de los actores fronterizos.

Los autores de este libro desafían las fronteras, pero tienen y construyen sus propios límites. El origen de los autores, los escenarios fronterizos analizados, los modos de abordaje elegidos por los compiladores plantean una cuestión interesante: ¿es posible acaso no producir fronteras, incluso cuando el proyecto intelectual es cuestionarlas?

Las fronteras pueden desplazarse, desdibujarse, trazarse nuevamente, pero no pueden desaparecer: son constitutivas de toda vida social. Un proyecto de abolición de todas las fronteras estaría necesariamente destinado a fracasar, ya que no puede vivirse fuera del espacio y sin categorías de clasificación. Más bien, por un lado, el debate es dónde colocar fronteras, y por el otro, cuándo pretender cruzarlas, debilitarlas, asumirlas reflexivamente o reforzarlas. Difícilmente convenga adjudicarle un sentido unívoco a «frontera» y adoptar una actitud homogénea hacia las diversas fronteras con las que convivimos.

Bibliografía

- Abu-Lughod, Lila, 1991. «Writing against culture», en Fox, R. (ed.) *Recapturing Anthropology. Working in the present*, Santa Fe, School of American Research Press.
- 1999. «The Interpretation of Culture(s) after Television», en Ortner, S. (ed.): *The Fate of «Culture». Geertz and Beyond*, Los Angeles, University of California Press.
- Appadurai, Arjun, 2001. *La modernidad desbordada*, Buenos Aires, FCE.
- Barth, Fredrik, 1976. «Introducción», *Los grupos étnicos y sus fronteras*, México, pp. 9-49.
- Borges, Jorge Luis, 1971. *El congreso*, Buenos Aires, El Archibrazo.
- Brumann, Christoph et al., 1999. «Writing for Culture: Why a Successful Concept Should Not Be Discarded», «Comments» y «Reply», en *Current Anthropology*, vol. 40, febrero: 1-41.
- Cardoso de Oliveira, Roberto, 1976. *Identidade, etnia e estrutura social*, São Paulo, Pioneira Editora.
- Driessen, Henk, 1998. «The “new immigration” and the transformation of the European-African frontier», en Wilson, T. y Donnan, H.: 96-116.
- García Canclini, Néstor, 1990. *Culturas híbridas*, México, Grijalbo.
- 2001. «Introducción a la nueva edición», en *Culturas híbridas*, Buenos Aires, Paidós.
- Grimson, Alejandro, 2000. «¿Fronteras políticas versus fronteras culturales?», en Grimson, A. (comp.): *Fronteras, naciones e identidades*, Buenos Aires, CICCUS-La Crujía.
- Hannerz, Ulf, 1996. *Conexiones transnacionales*, Madrid, Cátedra.
- Heyman, Josiah, 1994. «The Mexican-United States Border in Anthropology: A Critique and Reformulation», en *Journal of Political Ecology*, vol. 1 (1): 43-65.
- Rosaldo, Renato, 1991. *Cultura y Verdad*, México, Grijalbo.

- Vila, Pablo, 2000a. «La teoría de frontera versión norteamericana: una crítica desde la etnografía», en Grimson, A. (comp.): *Fronteras, naciones e identidades*, Buenos Aires, CICCUS-La Crujía.
- 2000b. *Crossing Borders, Reinforcing Borders*, Austin, University of Texas Press.
- Wilson, Thomas, 2000. «Nación, estado y Europa en la frontera de Irlanda del Norte», en Grimson, A. (comp.): *Fronteras, naciones e identidades*, Buenos Aires, CICCUS-La Crujía: 121-138.
- y Donnan, Hasting (eds.), 1998. *Border Identities*, Cambridge, Cambridge University Press.

LOS SECRETOS DE LA FRONTERA: UNA INTRODUCCIÓN

David E. Johnson y Scott Michaelsen

Una «frontera» está siempre y solamente garantizada por una patrulla fronteriza. Donde trabaja Scott Michaelsen, en El Paso, Texas, en la zona limítrofe entre Estados Unidos y México, es posible ver la forma más clara y virulenta de la escenografía fronteriza literalmente en el traspaso de la universidad. A lo largo del Río Grande, el cual se conoce desde el otro lado como el Río Bravo del Norte, hay kilómetros y kilómetros de trincheras de cemento, cadenas de seguridad, camiones celulares, uniformes, binoculares, y tal vez muy pronto haya muros de hierro y múltiples discursos paranoicos acerca del contagio nacional y racial. Este libro versa sobre límites como este, pero más a menudo se centra en los tipos de fronteras «blandas» que aparecen en el seno del amplio discurso liberal: los nacionalismos benevolentes, los esencialismos culturales, los multiculturalismos, etcétera: en síntesis, el estado de «los estudios sobre la frontera». En su calidad de teórico del tema y en su discurso de apertura a la reunión de la Sociedad Etnológica Norteamericana de 1995, Renato Rosaldo observó que los pocos estudios sobre la frontera entre Estados Unidos y México se habían centuplicado, por así decirlo, después de la aparición de obras tan decisivas como *Borderlands/La Frontera: The New Mestiza*, de Gloria Anzaldúa (1987), *Culture and Truth: The Remaking of Social Analysis*, del propio Rosaldo (1989), *Border Writing: The Multidimensional Text*, de D. Emily Hicks (1991) y *Translated Woman: Crossing the Border with Esperanza's Story*, de Ruth Behar (1993). Estos libros se ocupan principalmente del límite de Estados Unidos con México, esto es, del verdadero lugar de origen de los estudios sobre la frontera y sus métodos de análisis.

La idea de «frontera» o «zonas fronterizas» se ha extendido, asimismo, para dar cabida a prácticamente todo espacio físico o geográfico cuyos problemas limítrofes puedan tematizarse. En colecciones tales como *Do the Americas Have a Common Literature?*, de Gustavo Pérez Firmat (1990) o *An Other Tongue; Nation and Ethnicity in the Linguistic Borderlands*, de Alfred Arteaga (1994), el foco se expande para incluir las fronteras internas de Estados Unidos, de América Latina y del Caribe. En los ensayos recopilados en este volumen se amplía aún más dicho concepto. Las lecturas presentadas aquí se refieren a una vasta teorización antropológica, sociológica, feminista, marxista, posmoderna y posestructuralista europea,

poscolonial, etnohistórica y relativa a la raza/etnicidad, todas las cuales comportan una significativa relación genealógica y lógica con los estudios sobre la frontera en las Américas, y cuyo centro de interés se ha desplazado también a la frontera entre Estados Unidos y Canadá, al regionalismo norteamericano y a la diáspora sufrida por los inmigrantes en aquel país.

Imaginamos que uno de los posibles significados del título de nuestro libro es simplemente este: el «límite» del crecimiento en lo tocante a la teoría de la frontera consiste en reinscribir las diversas disciplinas como instancias de los estudios sobre ese tema. Ejemplo explícito de esta tendencia es el ensayo de Alejandro Lugo, que concluye con un llamamiento a lo «antidisciplinario», entendido, en efecto, como lo «transdisciplinario», por cuanto imagina una antropología de las zonas limítrofes complementada por la historia (principalmente la de la modernidad, incluidas la historias del Estado y de la academia), por la sociología (tanto marxista como burguesa), por el feminismo, etcétera, en riguroso orden; esto es, en una «guerra de posición» gramsciana que ofrezca una «resistencia eficaz contra» «el estado, la teoría y el poder».

Para Lugo, todas las disciplinas y sus respectivas historias deberían concentrarse en el problema de las zonas fronterizas si se desea evitar una teorización ciega ante el rol desempeñado por la «estructura» y el «orden» nacionalista y capitalista en la dominación del límite y en el establecimiento de normas rigurosas a ese respecto. Lugo imagina una «refundición» de las disciplinas bajo el título de «estudios sobre la frontera», con el objeto de recusar y desafiar todo predominio fronterizo.

En suma, como la «raza» y el «género» y, por ende, como la «nación» y la «sexualidad», el acceso intelectual a la «frontera» se ha convertido en uno de los grandes temas de los últimos trabajos en humanidades y en ciencias sociales, políticamente alineados desde el liberalismo hasta la izquierda. Las conferencias nacionales interdisciplinarias se organizan en torno a estos temas y el resultado de ello son cientos de ensayos y libros que abarcan todas las disciplinas de las artes liberales.

En la mayoría de estas obras no se cuestiona el acceso a la «frontera» ni a las «zonas fronterizas»; además, se la supone un lugar de hibridación políticamente estimulante, de creatividad intelectual y de posibilidades morales. En otras palabras, las «zonas fronterizas» constituyen *el locus* privilegiado de la esperanza en un mundo mejor, tal como lo señalan los textos de Anzaldúa y Rosaldo; y aunque ninguno de ellos minimiza la violencia de cualquier tipo imperante en la zona limítrofe entre Estados Unidos y México, los argumentos de ambos autores en lo que atañe a la significación de esta área geográfica dependen de esa promesa. Rosaldo cita y glosa con aprobación a Anzaldúa al final del capítulo titulado «Los pasos de la frontera»:

Gloria Anzaldúa desarrolló y transformó aún más la figura del cruce de un modo que destaca y celebra el poder de las fronteras para instaurar nuevas formas de entendimiento humano [...] Al convertirse en una persona más compleja, Anzaldúa incorpora elementos mexicanos, indígenas y anglos, al tiempo que desecha la homofobia y el carácter patriarcal de la cultura chicana. Rechaza la clásica «autenticidad» de la pureza cultural, lo que le permite acceder a las diversas posibilidades que se entretienen en las zonas fronterizas. Y cuando selecciona y junta en un solo haz esas franjas superpuestas, la identidad de Anzaldúa se vuelve incluso más fuerte, no más difusa. Alega que al practicar los chicanos el arte de la mezcla cultural durante tanto tiempo, «nosotros» estamos ahora en una posición que nos permite ser adalides en el desarrollo de nuevas formas de creatividad cultural políglota. En su opinión, la retaguardia pasará a ser la vanguardia.

La siguiente recopilación de ensayos no sólo teoriza la idea de «frontera», sino que explora los límites filosóficopolíticos de los trabajos realizados sobre la teoría de la frontera. Por una vez, la «frontera» no se da aquí por sentada como objeto de estudio y herramienta analítica ni tampoco como el sitio privilegiado de un trabajo político progresista. De ahí, entonces, el segundo significado del título *Teoría de la frontera: los límites de la política cultural*.

Comencemos por aclarar que, a diferencia de los intentos de producir una política cultural de la diversidad y la globalidad por parte de los estudios sobre la frontera, esta empresa sólo puede llevarse literalmente a cabo mediante exclusiones y fundamentarse únicamente en exclusiones. Varios de los ensayos de este volumen, cada uno a su manera, no son sino tentativas de registrar estas exclusiones –sean geográficas, étnicas, teóricas, etc.– y de salvar las brechas en los trabajos sobre la frontera. Algunas contribuciones proponen, por el contrario, los «otros» estudios sobre la frontera, una alternativa que significa pensar partiendo de una clase de «fundamento» totalmente distinto (en realidad, sin la posibilidad de contar con un fundamento que determine y garantice la relación). Pensar conforme a este punto de vista significa sugerir un «modelo» no preceptivo del multiculturalismo y la comunidad.

El modelo utilizado por los estudiosos de la frontera, sean liberales o de izquierdas, es el único donde las diferencias cuentan, implica una diferencia, y en el cual se entiende que las constelaciones de prácticas y costumbres se relacionan esencialmente con principios de identidad y están organizadas por ellos. Según Homi Bhabha, este modelo equivale a la celebración de la diversidad cultural –aun cuando se ponga en práctica como lo que Palumbo-Liu denomina «multiculturalismo crítico» (pág. 15) –, a la celebración de la cultura en cuanto «objeto epistemológico» que «da origen a las nociones liberales de multiculturalismo, intercambio cultural o cultura de la humanidad» (Bhabha, pág. 34). Por último, constituye «la

representación de una retórica radical de la separación de las culturas totalizadas» (pág. 34). En el otro «modelo» –que en rigor no lo es, que no presupone ni circunscribe nada– las diferencias no tienen significado alguno pues se suman sin obtener una verdadera adición; un modelo en donde las prácticas nunca pueden totalizarse para dar cuenta de la identidad, y en el cual no habría identidad ni, por tanto, la posibilidad de cuestionarla.

El primer modelo presupone un futuro de juicios prácticamente infinitos acerca de la otredad (al menos, de juicios relativos a la existencia misma del otro), pero de juicios que, por así decirlo, no juzgan. Una posible versión sería reconocer y respetar la identidad del otro en su alteridad, sin suponer demasiado acerca de él; o, en todo caso, y de una forma ligeramente más interactiva, conocer la identidad del otro sin producir por eso un sistema de inflexiones, de jerarquías. Juicios estos benignos y amicales, sin contenido ni valor.

Sabemos que ello es teóricamente imposible. Un juicio de esa naturaleza constituye, inevitablemente, una exclusión y se emite desde una posición enteramente inconmensurable con la del otro. Es siempre una suerte de prejuicio y la posibilidad misma de formas más familiares de prejuicio, esto es, la determinación de las categorías de lo inferior, lo antinatural, lo degradado y de sus posibles candidatos. Como modelo de multiculturalismo, es inevitablemente exclusivo: construye fronteras en torno a las identidades y las líneas defectuosas son, precisamente, aquellas diferencias que parecen importar y que «establecen una diferencia»: el género, la raza, el color, la etnicidad, la clase socioeconómica, la religión, por nombrar las más evidentes.

El segundo modelo es de radical globalidad, y no porque «nosotros» seamos todos iguales en el plano de nuestra humanidad, tal como afirma Tzvetan Todorov en *On Human Diversity*. Esa comunidad –si acaso es una– carece de fundamento, pero, según Jean-Luc Nancy, está sin embargo «fundada» en nuestro ser-en-común:

Ser en común significa que los seres singulares son, se presentan y aparecen sólo en la medida en que comparecen (*comparaissent*), en la medida en que se exponen, se muestran y se ofrecen mutuamente. Esta comparecencia (*comparution*) no es algo adventicio a su ser, sino que gracias a ella su ser cobra existencia (1991, pág. 58).

El segundo modelo no comienza con el principio de identidad. Ya no se trata de inclusión o exclusión, ya no es cuestión de tomarlo en un sentido personal o en el sentido de una afiliación (hermandad) o de una identidad. Las diferencias no suponen diferencia y, por tanto, no pueden garantizar la legislación contra nadie. Ello no significa que no haya juicio, sino, en todo caso, que el juicio será infundado, sin precedente, cargado

de implicaciones ideológicas insólitas. Entendemos que esto es lo que quiere decir Bhabha cuando afirma que «la cultura sólo emerge como un problema, como una problemática en el punto donde se produce una pérdida de significado en la contestación y la articulación de la vida diaria, entre las clases, los géneros, las razas, las naciones» (pág. 34). Lo que está en juego es la «estructura del problema» de los límites culturales, algo que no pueden describir quienes proponen la diversidad cultural con «sus bienintencionadas polémicas moralistas contra el prejuicio y el estereotipo» (pág. 34). Al enfocar la atención en el límite de la cultura, Bhabha distingue entre la diversidad cultural, por un lado, y la «diferencia cultural», que «es el proceso de la *enunciación* de la cultura en cuanto “erudita”, autoritaria y adecuada para la construcción de sistemas de identificación» (pág. 34), por el otro. La diferencia cultural es, entonces, el proceso de significación mediante el cual los enunciados *de* la cultura y *sobre* la cultura discriminan y autorizan la producción de campos de fuerza, de referencia, de aplicabilidad y de capacidad» (pág. 34). La diferencia cultural sería la «fundación» de toda posible diversidad cultural, pero sigue siendo un fundamento problemático y ambivalente que amenaza la seguridad de la identidad, la autoridad que la sustenta: «El concepto de diferencia cultural se centra en el problema de la ambivalencia de la autoridad cultural: el intento de dominar en *nombre* de una supremacía cultural que se produce sólo en el momento de la diferenciación» (pág. 34). Es decir, «nosotros» estamos siempre en el límite de la enunciación de la cultura, siempre esperando el arribo de la cultura como el fundamento ambivalente de la identidad y para la identidad. En ese advenimiento, la comunidad de Nancy se halla ante nosotros. Lo que equivale a decir que «nosotros», esta comunidad sin fundamento y sin identidad, tendremos que tomar una decisión acerca de la «cultura», tendremos que responsabilizarnos de y por «nuestra» decisión sobre las «fronteras» y la «diferencia», si vamos a examinar esos efectos (o no vamos a examinarlos en absoluto). Todas las veces por primera vez.

Para empezar a articular el problema de la frontera es posible comenzar en cualquier parte; por ejemplo, en las últimas páginas del *New Yorker* donde, en 1993, apareció un aviso extremadamente sucinto del Fondo para los *Colleges* Indígenas Norteamericanos. En el anuncio no se dice nada sobre el propósito del Fondo, que, entre otras cosas, consiste en dar apoyo a veintisiete *colleges* tribales, la mayoría de ellos situados en las reservas de todo el país. El aviso en blanco y negro muestra una sola imagen. El texto –impreso en negrita– reza: «Salve una cultura que podría salvar la nuestra». ¿Qué significa esto? Está en juego la «cultura», esa palabra en definitiva misteriosa, pronunciada incesantemente